

**LANA CAPRINA**  
**EPÍSTOLA DE UN LICÁNTROPO**

*El Jardín de Epicuro*

¡Extranjero, aquí estarás bien: el placer es el fin supremo!

NO FICCIÓN

GIACOMO CASANOVA

**LANA CAPRINA**  
EPÍSTOLA DE UN LICÁNTROPO

Traducción y notas de  
MARI PEPA PALOMERO

Prólogo de Marina Pino

© De la presente edición, Hermida Editores, 2014.  
Calle Antonio Alonso Martín 10, 28860 Paracuellos de Jarama, Madrid.  
Tel. 916584193  
e-mail: [hermidaeditores@gmail.com](mailto:hermidaeditores@gmail.com)  
[www.hermidaeditores.com](http://www.hermidaeditores.com)

© Traducción y notas de Mari Pepa Palomero.  
© Prólogo de Marina Pino.  
Asesor literario de la colección: Jaime Fernández Martín.  
ISBN: 978-84-941767-2-2  
Depósito legal: M-21160-2014  
Impreso en España por Albadalejo Artes Gráficas  
Primera edición: septiembre de 2014





## ÍNDICE

Prólogo al libro *Lana Caprina* por Marina Pino 11

### LANA CAPRINA EPÍSTOLA DE UN LICÁNTROPO

Lana Caprina - Epístola de un licántropo 29



PRÓLOGO AL LIBRO *LANA CAPRINA*



En 1771 Giacomo Casanova viajó a Florencia vestido de negro para no tener que dar ni aceptar invitaciones de nadie. Eran las reglas sociales del luto, pero a Casanova no se le había muerto nadie, sino que en aquella época se encontraba arruinado por completo y no estaba en situación de tratarse con la buena sociedad florentina. Y así ataviado y con la espada al cinto, pero con toda modestia, fue a presentarse ante el gran duque Leopoldo para pedirle asilo mientras durara su estancia en Florencia. Diez años atrás había frecuentado muchas y buenas casas florentinas, pero ahora no soñaba con retomar sus antiguas amistades y pensaba vivir con absoluta discreción.

Aunque Casanova lo niega, este estado de necesidad o marginación lo empujó a acercarse a las mesas de juego y a tratarse con lo más granado de la sociedad de tahúres profesionales, el falso conde Zannovich y sus compinches Alvise Zen y Tommaso Medin, por ver qué se cocía en el ambiente. Alvise Zen pertenecía a una familia patricia veneciana. Casanova lo había conocido veintiocho años atrás cuando estuvo detenido en el fuerte de San Andrés de Venecia, bajo la férula de su padre el capitán Zen, y Alvise sólo tenía diez años. Éste acababa de llegar de Madrid, donde había ganado mucho dinero como banquero en el juego del Faraón, muy de moda en la época. Según Casanova, Zen no

tenía cultura, educación ni modales, ni usaba el lenguaje de un hombre como es debido. Pero este hombre no habría cambiado todos los buenos modales del mundo contra su talento para «corregir» la suerte a su favor en las mesas de juego. Con Zen estaban siempre otros dos «puntos» del juego y la estafa llamados Tommaso Medin y Premislav Zannovich. Y en esa época se hallaba también en Florencia, realizando el *tour* por Europa que todo joven de buena familia debía llevar a cabo obligatoriamente, el conde de Lincoln, hijo único del riquísimo conde de Newcastle. Pronto cayeron sobre él como alimañas Zen, Medin y Zannovich y le hicieron perder con trampas la enorme suma de doce mil libras esterlinas que el joven pagó con letras de cambio enviadas contra un banco de Londres, y que fueron abonadas religiosamente por Newcastle, pues en Inglaterra las deudas debían pagarse so pena de horca. Toda Florencia se hizo eco de este «lavado» de dinero a costa del joven e inexperto inglés.

El gran duque de Toscana reaccionó haciendo al parecer una limpieza general de tahúres y aventureros, por lo que Casanova recibió la misma orden de expulsión de Florencia que los demás jugadores. Sin embargo, Casanova reacciona a su manera orgullosa habitual. No es que lo expulsen, es él quien no desea permanecer en un lugar despótico, en el que no existe el derecho de gentes y en el que su propio soberano incumple la palabra que le dio de dejarlo vivir honesta y discretamente en Florencia, pues Casanova jura no haber intervenido en el extractivo *affaire*.

Pero el asunto no queda claro y Casanova debe salir de Florencia «en tres días» y de toda la Toscana «en

ocho». Las órdenes del gran duque Leopoldo no se discutían y tuvo que obedecerlas en busca de otro lugar donde vivir.

Casanova tenía entonces cuarenta y seis años y se adentraba en el declive de su vida aventurera. Tan en declive que pensó en ganarse la vida como escritor. Hay que tener en cuenta que Casanova ya se sentía fuera de juego como gran afortunado en el amor y en el juego, en 1764, con sólo treinta y nueve años.

Una vez exiliado a Bolonia, encontró en la tienda del librero Taruffi a un joven abate bizco, que a Casanova le pareció un tipo inteligente, fino de espíritu y con gusto, quien le regaló dos libritos o folletos, como se los llamaba entonces, «fruto del genio de dos jóvenes profesores de Anatomía de la Universidad de Bolonia, Petronio Zecchini y Germano Azzoguidi», y le aseguró que su lectura le haría reír a gusto. A Casanova le llamaron la atención sus títulos y su materia.

El de Zecchini se titulaba *I di geniali della dialettica delle donne ridotta al suo vero principio* [De la naturaleza de la dialéctica de las mujeres reducida a su verdadero principio], en el que rogaba que se le perdonara todas sus faltas a las mujeres, ya que el autor sostenía como nódulo central de su ensayo que la mujer dependía en todo y para todo del útero, órgano que al parecer las obligaba a actuar a su pesar y sin su consentimiento. De ahí que Casanova le diera el título de *El útero pensante*. A Casanova le dio que pensar el hecho de que el título incluyera un anuncio de «reducción de la mujer a su verdadero principio». Entendía bastante de mujeres y sabía que, en lugar de reducirlas, más bien había que agrandarlas hasta el infinito de unas memorias que tuvieran por lo menos dos o tres mil páginas.

El segundo folleto se titulaba *Lettres de madame Cunégonde écrits de B (Bologne) à Madame Pàquette de Ferrara* [Cartas de Madame Cunegunda de Bolonia a Madame Paquette de Ferrara] y constituía naturalmente una crítica del primero. Aunque reconocía que el útero era «un animal», no sabemos si en el sentido de algo vivo o bien de un órgano propicio a las animaladas, afirmaba rotundamente que dicho animal no tenía ningún poder sobre la razón de la mujer porque nunca se había encontrado el menor canal de comunicación entre esa víscera, «vaso del feto», y el cerebro de la mujer. Ninguno. A esta valiente respuesta Casanova la tituló *Fuerza vital*.

Así, ya tenemos la teoría del útero que piensa por las mujeres y la teoría de que el útero femenino es un animal que no puede pensar por ellas por no tener un canal propicio para hacerlo. Aunque tal vez si lo tuviera...

Ya le había advertido el abate de la librería Taruffi a Casanova que se iba a divertir con los folletos.

Esta ardua polémica, muy de la época por otra parte, animó a Casanova a escribir a su vez una divertida y sólida diatriba contra los dos doctores en Anatomía, que terminó en tres días y que tituló *Lana caprina* con toda la intención, ya que se basaba en una epístola de Horacio que dice: *Alter rixatur saepe caprina* (*Siempre hay quien discute a propósito de la lana caprina*), que en román paladino significa algo así como «siempre hay alguien dispuesto a discutir por tonterías», que es lo que, a juicio de Casanova, hacen los dos profesores boloñeses. Lo cual sitúa a Casanova como el tercero en discordia, dispuesto a divertirse y divertir a sus lectores

con las querellas pseudocientíficas de sus autores, de modo que podría decirse que Casanova también anda discutiendo sobre la lana caprina, aunque es verdad que lo hace con acierto y para su exclusivo provecho.

A continuación envió su obra a su querido protector veneciano Marco Dandolo, para que mandara imprimir quinientos ejemplares, que recibió en Bolonia y que Casanova le ofreció a un librero para que los vendiera por cuenta suya. En quince días los ejemplares se agotaron y le proporcionaron a su autor la bonita suma de treinta cequíes «a expensas de esos dos médicos tan doctos». Hay que tener en cuenta que el cequí era una moneda de oro puro acuñada en varios estados de Europa, y sobre todo en Venecia desde 1248, y que, al ser admitida en el comercio de África, recibió de los árabes el nombre de sikkí, que quería decir que estaba acuñada por la Ceca. Una buena cantidad, en todo caso, para alguien que comenzaba a vivir de la escritura.

Por las mismas fechas, el profesor Antoine Leonard Thomas, de París, había escrito el ensayo titulado *El carácter, las costumbres y el espíritu de las mujeres a través de los siglos*, que Diderot comentó en su escrito *Sobre las mujeres*, en el que utilizaba argumentos muy parecidos a los de Casanova. Una visión moderna acerca de la mujer que empezaba abrirse camino entre los autores más avisados, dejando en evidencia las ideas disparatadas y en absoluto científicas que aún se arrastraban en pleno Siglo de las Luces.

El ensayo de Casanova, sin embargo, tuvo sus críticos. Un tal Ceruti arremetía en *Efemérides literarias* (1772) tanto contra los folletos de los médicos anatomistas como contra la respuesta de Casanova, al que

reprochaba haber escrito el prólogo de *Lana caprina* en una lengua «que es la que emplea en París el bajo pueblo en la taberna o en el cuartel, y el resto en algo que no es propiamente italiano, pero que los italianos hacen que entienden por discreción». En realidad, el prólogo de esa obra lo había disimulado Casanova utilizando adrede el argot de bajo pueblo francés, no sabemos si como sátira o para fingir que se trataba de una edición «sous le manteau» o pirata, de las muchas que se vendían en la época bajo el abrigo, como una tienda ambulante de obras escandalosas, panfletos políticos y pornografía. Después de este prólogo festivo el texto retoma el estilo de un docto satírico y polemista. Pero a Casanova le escoció tanto la crítica del tal Ceruti, por considerarla una venganza literaria, que le escribió una carta muy agria.

¿No quería Casanova pertenecer al club de los autores polemistas? Pues que fuera tomando nota de cómo las gastaban los colegas de profesión.

Cuenta Casanova, un tanto resignado a su decadencia, que Bolonia era una ciudad donde podía vivirse con mayor libertad que en Florencia y donde la vida no era cara. Allí la nobleza era de mala índole, orgullosa y violenta, y el pueblo era peor que el bajo pueblo de Nápoles, gente secretamente organizada en bandas que practicaban la extorsión con todos aquellos ciudadanos que quisieran vivir en paz. Pero añade que los burgueses eran buena gente en general. Además, los boloñeses amaban la literatura, su universidad era una de las más antiguas del mundo, ya que habían estudiado en ella nada menos que Dante y Petrarca, y por ello Bolonia ostentaba los nombres de Docta, Madre de las ciencias

y Atenas de Italia. También es verdad que existía en la ciudad un tribunal de la Inquisición, pero al parecer era fácil darle gato por liebre.

A principios de año, ya estaban en Bolonia todos los exiliados de Florencia que Casanova conocía, entre ellos Premislas Zannovich y Alvise Zen, que iban discutiendo por la deuda del joven conde Lincoln y que pronto partieron hacia Milán, de donde también los expulsaron. Casanova ya está de vuelta. Parece que sólo busca un poco de paz en un lugar donde desarrollar los proyectos literarios que le ayuden a sobrevivir con una cierta dignidad.

Pero no era un principiante. Antes de la famosa *Lana caprina* ya había debutado en 1752 y en 1753 con *Zoroastro*, tragedia con música y ballet, que se representó en la ciudad de Dresde, y con *La Molucheide* (sobre una obra titulada *Los gemelos rivales*), en clave arlequinesca, para ser representada en Dresde. Y en 1774 se publica en Colonia el famoso libro *El Espía chino o el enviado secreto a la corte de Pekín para examinar el presente estado de Europa*, que Casanova escribió en colaboración con otro aventurero célebre, el montpelleriano Ange Goudar, en 1763, durante su estancia en Londres.

Le sigue en 1769 la *Confutazione della storia del governo veneto di Amelot de Houssaie*, en que polemiza con Voltaire, Rousseau, etcétera. Al parecer, y según el propio Casanova, esta obra fue parcialmente escrita durante su estancia en la prisión de la Ciudadela de Barcelona, donde estuvo un tiempo recluso por orden del gobernador militar conde Ricla, tan ilustrado como pudiera serlo Casanova, pero deseoso de librarse

de ciertos aventureros de vida oscura y disoluta que infestaban la ciudad. Y ya en 1771, poco antes de nuestra *Lana caprina*, había compuesto un soneto sin mayor importancia.

Su decisión de dedicarse a escribir, dejando más o menos de lado su vida borrascosa de aventurero y jugador, es por tanto sincera y ya tiene algunos antecedentes esporádicos, siguiendo los avatares de su agitada vida. Tras su *Lana caprina*, el veneciano escribe una no desdeñable *Historia de las turbulencias de Polonia*, una de sus obras de mayor calado y amplitud, que demuestra su conocimiento de la corte de Varsovia. En 1779, vuelve a dirigirle un ataque por escrito a Voltaire, a quien había visitado en 1760, en su obra *Escrutinio del libro Elogios de M. de Voltaire por diferentes autores*. Piques de autores que estaban más próximos de lo que querían reconocer...Y también una cierta tendencia al rencor y la envidia que siempre caracterizaron a Casanova, para qué negarlo.

A partir de esa época, en que se adentra en la ingrata cincuentena, su acercamiento a Venecia es el del felino: cauteloso pero cada vez más audaz. Aún no le ha sido perdonada su ruidosa fuga de la prisión de los Plomos en 1755 y se ve obligado a colaborar como espía del régimen veneciano, si quiere obtener el ansiado pasaporte (ya le pesa su largo vagar por toda Europa). Pero una vez que las autoridades consideran que sus informes no valen lo que cuestan, Casanova sigue con su idea de vivir de una serie de proyectos editoriales que tiene en mente: una novedosa cartelera de teatro y unos opúsculos misceláneos que ofrecen muchos y nuevos temas de interés para el público veneciano. Ya

en esos Opúsculos, de los que sólo ocho se pusieron en venta, introduce un adelanto de sus célebres Memorias titulado *El duelo* (1779-80), relato del que sostuvo con el noble general polaco Branicki. Lo que entonces aparecía más o menos novelado en tercera persona, en la *Historia de mi vida* pasará a ser descrito en vivo y en directo.

Siempre inquieto y polemista, en 1782 dará a la imprenta un escrito escandaloso, en el cual ventila algunas cuestiones sobre su propio origen y sobre la relación de su familia con importantes personajes de la República venciana, lo que le valdrá un segundo y último destierro de su patria chica. Continúa entonces publicando sobre diversos temas de actualidad política en lugares como Hamburgo y Colonia. Ya en Praga, la emprende violentamente en 1786 en *Soliloque d'un penseur* [Soliloquio de un pensador] contra los aventureros, de los que al parecer no se siente parte, sobre todo contra los más célebres en aquella época, Saint Germain y Cagliostro. De paso, colabora en el libreto del *Don Giovanni* de Mozart, junto con su amigo Lorenzo da Ponte.

Dos años más tarde, y ya retirado en la biblioteca del castillo del conde Waldstein, en Dux, hoy Duchkov (Bohemia), comienza a considerar su propia vida como materia de interés literario, escribiendo a modo de anticipo *Histoire de ma fuite des prisons de la République de Venise qu'on appelle les Plombs écrite a Dux en Bohème l'année 1788* [Historia de mi fuga de las prisiones de la República de Venecia a las que llaman los Plomos escrita en Dux, en Bohemia, en el año 1788]. Es la primera narración de su famosa fuga de los

Plomos de Venecia, de la cual llegaron a publicarse más de cincuenta ediciones en diversas lenguas y lugares, tan vivo, ágil y moderno resultaba su estilo.

Animado por este éxito, emprende una obra mayor, *Icosameron o Histoire de Edouard et Elisabeth* [Icosameron o Historia de Edouard y Elisabeth, que pasaron ochenta años con los Megamicros, habitantes del Protocosmo en el interior de nuestro globo] extensa y auténtica obra de ciencia ficción, en la que Casanova adelanta, en 1788, inventos tales como el automóvil, el cañón con retrocarga, la pluma estilográfica y ¡hasta la luz eléctrica con posibilidad de variar la intensidad de la lámpara!, cuando el caballero aún escribía con plumillas, se alumbraba con velas y se movía en coche de caballos... La modernidad estaba cerca y él se apuntaba a ella con esta ambiciosa obra de la que en vano esperará la gloria. Estaba al corriente de todo cuanto se iba cociendo en cuestión de ciencia y técnica, lo imaginaba y lo hacía posible. Es ya un hombre del siglo XIX y hasta del XX, que había conocido, y hasta seguro que discutido, con Benjamin Franklin. Por eso dedicará sus siguientes escritos a problemas matemáticos y geométricos tales como el «problema deliaco», «la duplicación del exaedro» y la «deconstrucción del cubo». También escribe en torno a mil páginas de tema filosófico, sumamente interesantes, de las que en 1990 Federico di Trocchio publicó una selección en su libro *Pensieri libertini* [Pensamientos libertinos], en la editorial milanese Rusconi, en 1990.

Tanta es su aplicación que cae enfermo de agotamiento y neurastenia. Su médico del entorno del castillo de Dux donde vive retirado le aconseja que

se dedique a algo más distraído, ¿y qué más distraído que su propia vida? Es entonces cuando Casanova se pone a escribir su auténtica obra maestra, mientras sus amigos, que tiene desparramados por varios países de Europa, van leyendo y comentando los fragmentos de esas memorias, que finalmente tituló *Historia de mi vida*.

No le falta tampoco la compañía veraniega del amable príncipe de Ligne, tío del conde Waldstein, dueño del castillo, también excelente escritor, quien traza un agudo retrato de Casanova con el título de *Aventuros*, que merece la pena reproducir aunque sea fragmentaria y libremente:

«Sería un hombre guapo —escribe Ligne— si no fuera feo». Esta frase primera constituye toda una declaración del modo paradójico en que funciona el pensamiento dieciochesco: quiere decir que Casanova tiene buen tipo, pero que es feo de cara. Y prosigue: «Es alto y tiene una constitución hercúlea, pero tiene una tez africana, ojos vivaces y llenos de inteligencia, pero que expresan siempre susceptibilidad, inquietud o rencor, todo lo cual le confiere una cierta expresión feroz y más tendente a la cólera que a la alegría.» Lo de la tez africana significa que Casanova era muy moreno, en un siglo en que se valoraba por encima de todo la blancura de la tez, y además lo dice un hombre, Ligne, que era un belga de piel muy blanca. La morenez de Casanova ya había sido notada por otras personas a lo largo de su vida, como aquella muchacha que una vez le dijo que en otros tiempos lo recordaba «más moreno», a lo que Casanova respondió mordazmente: «Querréis decir más negro».